

EL CASO DE ANTONIO



(Extraído de María Jesús Álava Reyes:
La verdad de la mentira. La Esfera de los Libros, Madrid, 2016)

Antonio tenía 26 años cuando nos pidió ayuda. Acababa de perder su trabajo, tras una situación conflictiva que se había producido con dos técnicos, en presencia de su jefe y del cliente afectado.

Él sostenía que su comportamiento había sido el adecuado y que no se arrepentía de nada. Sin embargo, los hechos eran concluyentes. Se trataba del segundo trabajo que perdía en menos de un año y ambos empleos los había conseguido a través de su padre.

Antonio quiso estudiar una ingeniería superior, pero al final tuvo que contentarse con sacar la técnica. Él vivió este hecho como un gran fracaso y, aunque rápidamente culpó de ello al sistema educativo vigente, que no estaba preparado para asumir inteligencias como la suya, lo cierto es que prohibió a su familia (padres y hermanos) que lo contasen a nadie; de tal forma que su círculo de amigos (que era muy reducido), su novia y la mayor parte de la familia ignoraban que no hubiera terminado la carrera superior.

Era muy narcisista, tenía un concepto muy elevado de sí mismo y se mostraba muy impositivo en sus relaciones con los demás.

Con su novia tenía una relación muy difícil. Ella le había dejado dos veces, instada por sus padres, y tras una pelea intensa, en la que él se había mostrado muy violento, de nuevo había roto.

Cuando vimos a Antonio, estaba más preocupado por recuperar a su novia que por intentar analizar qué fallaba en su relación con los demás, con el resto del mundo, y qué ocurría para que le terminasen echando de los trabajos y estuviese enfrentado a su familia, a sus amigos...

Nuestro protagonista había ido ya al psicólogo de pequeño; de nuevo, la causa habían sido las conductas agresivas que presentaba en casa y en el colegio, con sus compañeros y profesores. Su argumento siempre era el mismo: «Son los demás los que me provocan y no asumen que yo tengo mejores ideas y soy más inteligente que ellos».

Su padre estaba desesperado con él. Tenía una pequeña empresa, se había matado siempre a trabajar, y cuando terminó la carrera, Antonio se empeñó, en contra del criterio de su progenitor, en que él podía aportar mucho a la empresa familiar. En menos de tres meses se había peleado con casi todos los empleados del padre, con dos clientes y con tres proveedores. El padre le buscó un trabajo con un amigo, porque veía

que su hijo terminaría arruinando su negocio, y porque pensó que al no ser el hijo del dueño tendría una actitud menos beligerante.

El resultado es el que ya sabemos: en el primer trabajo duró cinco meses y, en el segundo, tampoco llegó al medio año.

Cuando analizamos pormenorizadamente el caso, vimos que Antonio era incapaz de interpretar con objetividad los hechos. Él siempre se sentía en posesión de la verdad, despreciaba a la mayoría de la gente, aunque fueran personas de reconocido prestigio y sobrada solvencia; rápidamente acudía a la descalificación y a la provocación, hasta el extremo de mostrar una agresividad casi permanente.

En el último trabajo, se había enzarzado con dos técnicos, a los que responsabilizaba de los fallos en una obra, y lo hizo además delante del jefe y del cliente. Como los técnicos trataron de defenderse, pasó del insulto al enfrentamiento físico, lo que provocó la reacción inmediata de su jefe, que le dijo que no quería volver a verle. Ahora todo su empeño era denunciar a la empresa porque, según él, le habían hecho *mobbing*. Una empresa cuyo director trabajaba desde hacía más de 30 años con su padre, y donde le habían acogido por razones únicamente de amistad, a pesar de su poca experiencia y de sus antecedentes. Obviamente, una de nuestras primeras tareas consistió en convencerle para que no efectuase esa denuncia tan absurda, basada en mentiras e interpretaciones totalmente subjetivas, y que no se correspondían con la realidad.

Cuando exploramos en profundidad cómo eran sus relaciones actuales, comprobamos que Antonio no se hablaba con ninguno de sus hermanos. Él era el mayor; eran tres chicos, y dos años atrás había provocado una situación límite, en la que agredió a su hermano pequeño y descalificó al mediano, delante de la novia del segundo, y ante la presencia atónita de su abuela y su madre.

A su novia la conocía desde el colegio. Siempre había sido una persona con poco carácter, muy insegura y dependiente de Antonio, pero en dos ocasiones, la agresividad había pasado de las broncas verbales a la agresión física, y los padres de la chica se habían presentado en la casa de los progenitores de Antonio, para pedirles a estos que intercedieran y preguntarle a él si, de verdad, había sido capaz de «tocar» a su hija. La primera vez nuestro protagonista lo negó por completo, y la segunda trató de justificarlo, diciendo que ella estaba insoportable y que, en realidad, solo fue un empujón para que reaccionase; ahí fue cuando le dijeron que no volvería a ver a su hija y, para no correr riesgos, la enviaron a realizar un máster fuera de España.

Antonio constantemente se mentía a sí mismo y mentía y trataba de engañar a los demás, para tratar de justificar su agresividad y su falta de control.

El primer objetivo con las personas agresivas es conseguir que asuman su responsabilidad; que sean capaces de realizar un análisis objetivo de su situación, de su forma de ser, de la falta de equilibrio emocional que presentan; que dejen de engañarse permanentemente y que afronten las consecuencias de sus actuaciones.

Tardamos más de un mes en lograr que Antonio empezara a enfrentarse a su realidad, a su cruda verdad. Solo cuando lo hizo pudimos conseguir que comenzara a realizar análisis objetivos, y asumiera que necesitaba ayuda psicológica, para no ser un peligro para sí mismo y no constituir una fuente de conflictos permanente para los demás.

[...] El cambio empezó a producirse cuando un día le expuse crudamente su realidad, cuando le dije que resultaba difícil entender que no se diera cuenta de que era un esclavo.

—¿Un esclavo?! —exclamó.

—Sí, un esclavo —y puntalicé—: y constituyes un peligro para los que te rodean y vives atezado, encogido y condenado a no disfrutar de la libertad, porque no eres capaz de pensar y razonar como una persona libre.

Fue muy duro para él reconocer que desde hacía muchos años no pensaba con un mínimo de racionalidad, que constantemente tenía impulsos que no controlaba, reacciones que se le escapaban y una agresividad constante hacia todo lo que le rodeaba.

Tuvo que admitir que era un cobarde que no había querido enfrentarse a la verdad, porque tenía miedo de no saber reaccionar. Esta era la causa de que no quisiera comprometerse a lo que él consideraba un imposible: ser dueño de sus emociones.

Se dio cuenta de que era un peligro, incluso para las personas que supuestamente él apreciaba, porque en el fondo era incapaz de querer. No sabía quererse a sí mismo y no había aprendido a amar.

El entrenamiento fue una carrera continua de obstáculos: cuando parecía que progresaba, de nuevo mostraba alguna falta de control que nos obligaba a volver casi al punto de partida.

Tardó cuatro largos meses en empezar a ser dueño de sus emociones y solo al cabo de seis meses de tratamiento, por fin pudimos estar seguros de que controlaba su agresividad y de que no buscaba excusas que justificasen sus conductas, sus enfados y sus salidas de tono.

Se dio cuenta de que se mentía a sí mismo cada vez que se alteraba y [...] de que mentía a los demás cuando se le disparaba una especie de tic en el ojo y empezaba a gritar.

—Tus gritos tratan de esconder tus mentiras —le dije—. Solo cuando notes que no tienes el pulso acelerado, que tu cara está relajada y que no sientes ningún tipo de agresividad, entonces podrás estar tranquilo al saber que en esos momentos eres capaz de pensar con objetividad y de razonar.

En Antonio, su impulsividad y su falta de control estaban en la base de sus mentiras. Lo que más nos costó fue que asumiera que se mentía a sí mismo, que no había nada que pudiera justificar su agresividad; esa agresividad que, en su caso, era la demostración palpable de su incapacidad para razonar y ser objetivo, para ser dueño de sus emociones, para no herirse y herir innecesariamente, para ser flexible y tolerante; en definitiva, de su incapacidad para ser persona.

—¿Y mi novia? ¿Nunca la podré recuperar?

—No, Antonio —le dije—. Ella es muy vulnerable, le causaste un daño enorme y, a pesar de la dependencia que tenía de ti, está luchando con todas sus fuerzas para recuperar su dignidad, pero aún necesita trabajar mucho para ser una persona más segura y menos influenciable. Ella no quiere volver a sufrir, y tú tienes que respetar su decisión.

En este caso, los padres de la chica habían actuado bien; a ella le habría costado un mundo no ceder a sus peticiones, no claudicar ante sus promesas... Necesitaba tiempo para trabajar su independencia, tiempo... y no verle, no tener noticias de él.

Antonio había sido una influencia muy negativa para su novia. La había intentado apartar de sus amigos, de su familia...; la había convencido de que ella no valía nada, de que la única suerte en su vida era tenerle a él.

En estos casos, a veces hay que asumir que hemos perdido lo que aparentemente más queríamos, porque si de verdad amamos a alguien y sabemos que para esa persona somos un peligro y un recuerdo doloroso de vivencias duras y vejatorias, tenemos que tener la valentía de decirnos la verdad: y la verdad para Ana consistía en encontrarse a sí misma, en recuperar su confianza perdida, su dignidad..., y eso pasaba por no volver con Antonio, por no correr el riesgo de abrir de nuevo un frente que había estado lleno de mentiras y vejaciones.

Pero también para nuestro protagonista era preferible que se enfrentase a una realidad sin ningún tipo de apoyos, sin personas con las que se sentía seguro y confiado.

En el campo profesional, el camino estaba claro. Él buscaría, sin la ayuda de su padre, el próximo trabajo. Llamó a sus dos jefes anteriores y les pidió por favor que cuando pidiesen refe-

rencias tuyas mencionasen en especial su trabajo técnico (que a pesar de todo era aceptable) e intentasen no profundizar en el aspecto de la relación con sus compañeros.

—No les he pedido que mientan —trataba de justificarse—, solo les he rogado que no se extiendan en detalles que me resultarían muy perjudiciales.

Por cierto, mientras consiguió su siguiente trabajo (tardó casi ocho meses), asumió que tenía edad suficiente para no pedir dinero a sus padres, por lo que trabajó su autocontrol también a la hora de no gastar y de ayudar en tareas en su casa y en la casa de su abuela (un trabajo muy digno, le dijimos)

—Un trabajo muy duro —reconoció—, pero un paso adelante en mi regeneración.

Finamente, lo último que le costó controlar fueron sus aires de grandeza. Siempre iba presumiendo de los orígenes y de la posición holgada que tenía su familia. Admitió que, en realidad, aunque era cierto, él no tenía ningún mérito en ello, así que mejor sería no hacer ostentación de algo circunstancial, que, además, podía provocar incomodidad en alguno de sus interlocutores.

El tercer empleo por cuenta ajena fue el definitivo. Como no encontraba trabajo como perito, empezó como ayudante. Para él fue una cura de humildad que le vino de maravilla. No obstante, las cosas no fueron fáciles y aún tardó dos años más en tener un puesto acorde con su preparación; dos años que constituyeron un entrenamiento en el control de sus impulsos, especialmente, cuando se sentía disgustado con los demás.

Cuando Antonio perdió el miedo y dejó de mentirse a sí mismo, fue capaz de ser objetivo y razonable con los demás. Empezó a sentirse bien cada vez que ayudaba a alguien. Se dio cuenta de que la generosidad nos ayuda en nuestro camino hacia la felicidad; por el contrario, la agresividad, esa agresividad que él tanto mostraba, al restarnos humanidad, nos acerca al reino animal.

Con las personas que mientan para justificar su agresividad no tenemos que ser compasivas, aunque conviene manifestarles nuestra confianza en que, si se lo proponen, serán capaces de cambiar.

La mejor forma de ayudarles es ponerles de manifiesto su esclavitud. Las limitaciones que conlleva su falta de control y las consecuencias que provoca en sí mismos y en los demás.

Antonio aprendió la lección. Sus padres actuaron muy bien. A sus hermanos les costó bajar sus defensas y tratarlo con normalidad, pero pasado un tiempo comprendieron que tenían ante sí mismos la mejor versión de Antonio, una versión que no creían que existiera.

La prueba de fuego fue cuando decidió que tenía edad suficiente para dejar las comodidades de su casa y compartir piso con un amigo, un compañero de su nuevo empleo, con el que trabajó algo tan difícil como intentar ser flexible y facilitar la convivencia. Tuvieron algún que otro desencuentro, pero Antonio rápidamente reconocía sus errores y aprendía de ellos.

Otro momento muy duro fue cuando se enteró de que su ex novia tenía una relación muy consolidada y estaba viviendo con un chico que había conocido durante la realización de su máster fuera de España. Todo su interés era volver a verla y conocer al chico; de hecho, intentó organizar un viaje con la excusa de que necesitaba unas vacaciones, pero definitivamente asumió que no tenía ningún derecho a irrumpir de nuevo en la vida de la que había sido su novia y desistió en su empeño.